

Cánticos navideños en el templo.  
Dibujo de R. Caldecott, de la época  
en que se popularizó «Stille Nacht»



# EL VILLANCICO "NOCHE FELIZ"

Por José García

El villancico «Noche Feliz», también conocido con su nombre original «Stille Nacht», tiene una interesante historia de la que se han ocupado varios autores, entre ellos la vienesa Herta Pauli, de cuyos libros se han extraído algunos datos para componer el siguiente artículo, que nos muestra el origen, tanto tiempo ignorado, de esta preciosa melodía y de su letra sencilla, dirigida a todos los hombres de buena voluntad

**N**ochebuenas de 1853. Federico Guillermo IV, rey de Prusia, asiste a los oficios religiosos y oye cantar un villancico. Siente curiosidad por conocer el nombre del compositor y al entregarle el libro de cantos lee con asombro, bajo el título del villancico, «compositor y autor desconocidos».

El rey considera inadmisibles tal anotación en un libro de la corte de Prusia y apenas terminados los oficios llama a su presencia al director del coro para exigirle que averigüe el nombre de ambos. Las gestiones, iniciadas seguidamente por el maestro, sólo permiten aclarar que la canción procedía de un libro de la corte de Sajonia donde figuraba con el título de «Canción de Navidad»; de origen desconocido. La indignación del rey llegó a su colmo al recibir esta noticia: la precisión germánica no podía tolerar datos ambiguos ni siquiera en un libro de canciones.

## LAS TRIBULACIONES DE UN PRUSIANO EN AUSTRIA

Entonces recurrió a la ciencia musical del maestro concertador Ludwig Erk, prusiano de nacimiento, que no sólo conocía las obras de los genios, sino también hasta las

más oscuras canciones populares. No obstante su enorme cultura musical, no pudo satisfacer en esta ocasión los deseos del monarca quien, impaciente, replicó que la canción «no podía haber caído del cielo», añadiendo que si no lo sabía, lo averiguase cuanto antes. «Un libro de la corte de Prusia debía contener datos concretos.» El atribulado maestro hojeó todos los ejemplares de la biblioteca musical de palacio y de la corte, sin obtener el menor resultado. La canción le sonaba a Mozart o Haydn, le recordaba a Austria, pero el rey no quería hipótesis, sino realidades.

Desde Berlín se trasladó Erk a Viena donde, a la sazón, Johan Strauss entusiasmaba al público con sus valsos y a nadie le interesaban las canciones populares. Un músico muy viejo le informó que un hermano de Joseph Haydn, de nombre Michael, había compuesto canciones parecidas.

Erk recorrió toda Austria, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, consultando a músicos y profesores. Siempre en vano. Hasta que desesperado ya por su fracaso, se decidió a emprender el viaje de regreso haciendo noche en un pueblo de la frontera bávara.

La hospedería era acogedora, la minuta apetitosa y el patrón muy amable. En un



*La antigua iglesia de San Nicolás, hoy desaparecida, donde, según parece, se cantó por primera vez el famoso villancico.*

rincón del comedor un mirlo saltaba alegre en su jaula y cantaba casi ininterrumpidamente. El maestro apenas si prestó atención al pajarillo, sumido en sus meditaciones en busca de la respuesta que había de dar al rey.

## EL PAJARILLO CANTOR

De pronto, ante el asombro del ventero, se irguió Erk bruscamente en su asiento. «¡El pájaro!», exclamó. Y se fue derecho hacia la jaula: «¡Está cantando la canción!». El ventero sin comprender una palabra de lo que decía el maestro y ante el temor de que le acusara de robo, aseguró que la canción no se la había enseñado él, sino que cierto viajero se lo dio «con las canciones sabidas», a cambio del gasto que había hecho. Recordó también haber oído decir que el pájaro procedía de la abadía de San Pedro, en Salzburgo.

Allá se encaminaría, lleno de gozo, el bueno de Erk, pues sabía que Michael Haydn había pasado muchos años en aquella abadía. Olvidándose de la cena, se puso a escribir una carta al rey comunicán-

dole que el enigma estaba resuelto, y otra a su impresor, para que en la nueva edición del libro de canciones anotase bajo el título de «Stille Nacht», música de Michael Haydn.

En el convento fue muy bien recibido por tratarse de un maestro de orquesta de la corte y tanto el abad como los hermanos le atendieron muy cumplidamente. Después de las saluciones y presentaciones de rigor, Erk preguntó por Michael Haydn y quedó sorprendido al enterarse de que efectivamente estaba allí, pero enterrado junto a una hermana de Mozart.

La búsqueda entre los papeles de la biblioteca del monasterio, donde había trabajado Haydn, no aportó ningún dato. Las notas de la canción no estaban allí y lo peor del caso era que ninguno de los frailes recordaba haber oído nunca el título.

Erk contó entonces lo ocurrido en la hostería de Baviera y silbó la canción tal como la había oído al pájaro. El buen abad le dijo que allí no se adiestraban pájaros, pues consideraba pecado y crueldad el obligarles a cantar tonos distintos a los que Dios les daba por naturaleza.

Toda una semana permaneció Erk en la abadía de Salzburgo examinando textos musicales en la biblioteca, donde el paso de

los siglos había acumulado cientos de composiciones, pero no consiguió encontrar las notas de la canción de Navidad.

Erk ya veía notas musicales en todas partes; flotando en las naves del convento, en la cara de los angelillos que adornaban sus muros y hasta en los hábitos de los monjes; y en su delirio llegó a pensar si, en efecto, no habría venido del cielo el villancico que tanto le interesaba. Y ¿por qué no? Quizá habían bajado del cielo los ángeles una Nochebuena y confundidos entre los niños de la calle repitieron una y otra vez su canción hasta que ellos la aprendieron y más tarde alguien, algún maestro de coro probablemente, la llevó al pentagrama.

Erk regresó a Berlín y en su nueva edición del libro de canciones tuvo que anotar junto al título del villancico: «Canción que se supone compuesta por Michael Haydn».

Pero en la abadía de san Pedro, en Salzburgo, el padre Ambrosio, maestro del coro, tuvo la sospecha de que alguno de los niños que se educaban allí no era ajeno al relato que el viajero hiciera del pájaro de la hostería. El mismo, en su infancia, se había distinguido por su habilidad en imitar los cantos de los más variados pájaros y ahora quería probar si aquella destreza de antaño podía servirle para aclarar el misterio.

Una tarde en que todos los chicos estaban reunidos en la sacristía se quedó afuera, bajo la ventana, y colocando el canto de una hoja delante de los labios se puso a silbar el villancico.

A los pocos compases uno de los chicos exclamó: «¡Eh, tú, tu pájaro ha vuelto!» y el aludido se acercó cautelosamente a la ventana para ver si podía recuperarlo. Pero en vez de cazar al pajarillo, se vio él mismo cazado por la mano del padre Ambrosio, que le decía: «Ya te tengo». ¡Quién iba a creerlo! ¡Si era Félix Gruber, un pequeño de nueve años...!

El chico esperaba ya el cachete de rigor y trataba de soltarse de la mano de su maestro. Pero en vez del castigo por la desobediencia le llegó la inesperada pregunta del padre Ambrosio: «¿Dónde aprendiste esa canción?».

—¿La canción? Pues de mi padre: él fue quien la hizo. Es director del coro de Hallein.

El padre Ambrosio no salía de su asombro. Inmediatamente puso el hecho en conocimiento del prior, y una hora después las campanillas de su trineo sonaban alegremente camino del pueblo de Hallein.

Félix Gruber no acertaba a comprender lo que ocurría. Iba sentado junto al padre Ambrosio en un trineo tirado por el mejor

tronco de caballos del monasterio y se dirigían a su casa paterna, cuando lo que esperaba, después de la escena de la sacristía, era el castigo por su travesura.

Cuando llegaron a su casa, la madre creyó que el chico se había escapado del colegio, pero se tranquilizó al advertir la paternal expresión del monje, que entró tras él.

El viejo Gruber, Francisco Javier Gruber, estaba enfrascado en la corrección de unos cuadernos escolares de su hijo mayor, maestro en aquella localidad. La entrevista no pudo ser más cordial, pues a poco de saludarle, el padre Ambrosio le felicitó por su célebre canción, de cuya fama el bueno de Gruber no tenía la menor idea.

El monje-músico le contó en breves palabras la visita del director de orquesta prusiano, llegado desde Berlín con el único objetivo de averiguar quién había compuesto el villancico y a no ser por la travesura de Félix, nunca se hubiera sabido.

Francisco Javier Gruber le contó que, en efecto, la canción «Stille Nacht» era suya y la había compuesto hacía treinta y cinco años. La letra era de su amigo Joseph Mohr, vicario de Wagrain, en el Pongau, fallecido hacía seis años.

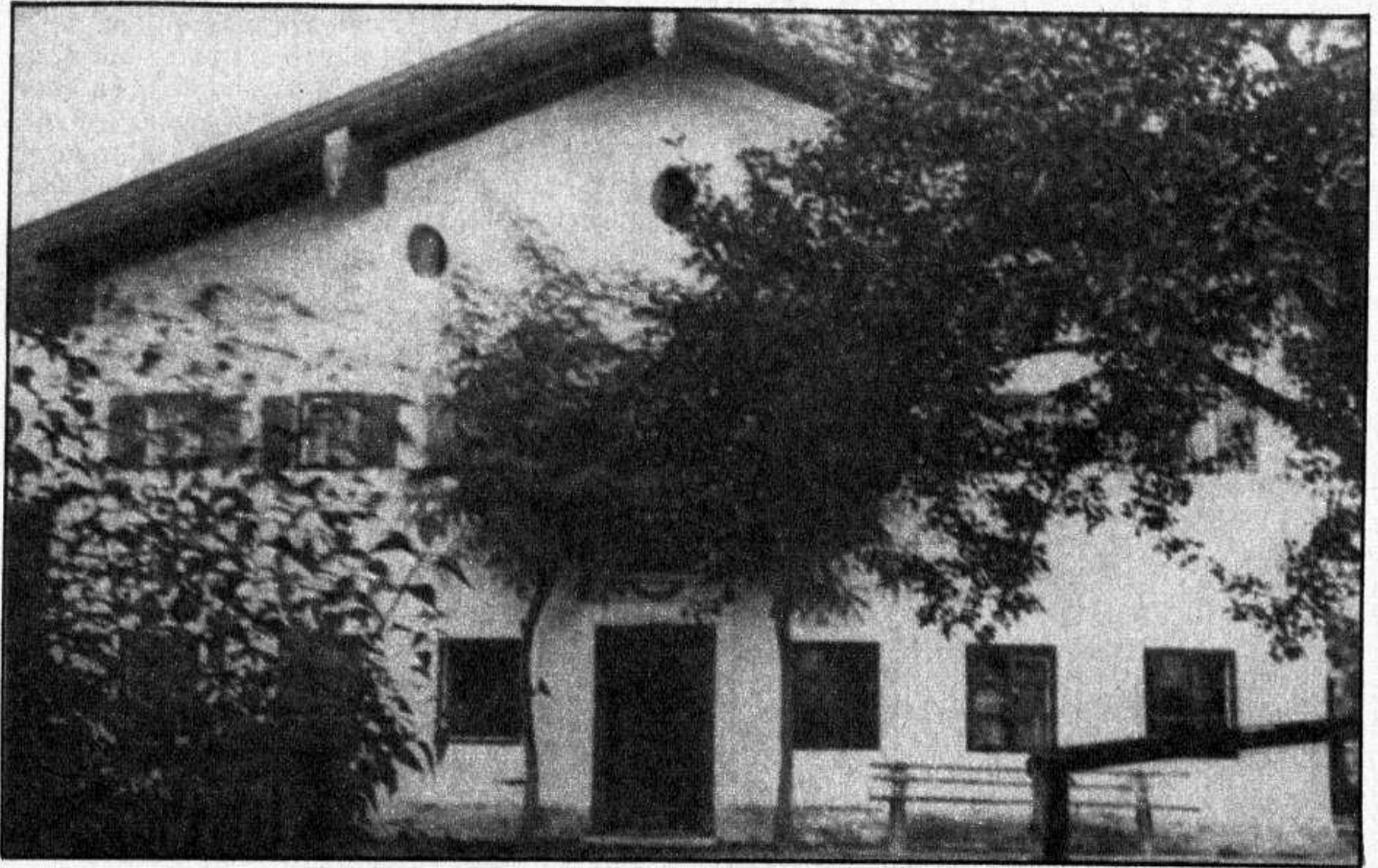
Gruber se quedó pensativo como evocando aquellos años jóvenes, pasados en tan buena armonía con el padre Mohr.

## NACIMIENTO EN LA CHOZA DE UNOS CARBONEROS

Diciembre de 1818. Nochebuena. El padre Mohr era entonces coadjutor en la iglesia de San Nicolás en el pueblecito de Oberndorf, junto al río Salzach. El era maestro de escuela del vecino poblado de Arnsdorf, y al mismo tiempo organista de aquella iglesia.

El sacerdote esperaba la Nochebuena leyendo la Biblia, cuando una mujer vino en su busca para que fuese a bendecir a un niño recién nacido en la familia de carboneros que vivía en la choza del bosque cercano. La pobreza de aquella gente y la sonrisa que creyó advertir en el recién nacido le impresionaron de tal forma que no pudo evitar la comparación del suceso con el nacimiento de Belén.

A su regreso creía escuchar una voz del cielo que repetía «in crescendo»: «Gloria a Dios en las alturas y Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad».



*La escuela donde Franz Gruber ejercía de maestro en la época en que compuso la música de «Stille Nacht».*

Ya en su casa, quiso escribir este acontecimiento, pero en vez de prosa, le salieron de la pluma unos versos que se ordenaron en seis estrofas ávidas de música. Su alegría era demasiado grande para él solo y quiso compartirla con su amigo Gruber. Quizá se le ocurriese alguna melodía para sus versos y así tendrían algo nuevo para el coro, aunque aquel año no podría ser con órgano, pues hacía pocos días que se había estropeado y hasta pasada la navidad no podría acudir al organero.

Faltaban pocas horas para la media noche cuando el reverendo Joseph Mohr llegó a casa de Gruber. «Franz —le dijo sonriendo—, he traído algo para ti», y le dio las seis estrofas de su poesía, rogándole que para aquella misma noche compusiera una melodía a dos voces, con acompañamiento de guitarra, ya que el órgano no funcionaba.

Junto al altar de San Nicolás se había instalado el belén y la iglesia estaba llena de fieles. Ya hacía una hora que Gruber le había llevado las pautas con la música para sus versos, y al preguntarle el padre Mohr cómo era posible aquello, le respondió Gruber que aquellos versos «cantaban por sí solos».

Después de la misa del gallo se oyó un murmullo entre los fieles: «Psst... el vicario y el maestro van a cantar».

Y en medio del silencio de la noche santa, dos voces, acompañadas por los acordes de una guitarra, elevaban al cielo una oración que, como el Divino Niño, nacía también aquella noche:

*«Noche feliz y de solaz,  
todo está durmiendo en paz.  
Velan sólo María y José,  
duerme el Niño y durmiendo se ve  
todo el cielo en su faz...»*

## EL REY ES INFORMADO

Habían pasado treinta y cinco años desde aquella noche, y el reverendo Mohr descansaba —sin que se supiera al amparo de qué cruz— en el pequeño cementerio de Wagrain, mientras su amigo Gruber iba a saborear la gloria de la celebridad.

El padre Ambrosio le dejó encargo de informar a Berlín cuándo y en qué circunstancias había escrito su canción, acompañando la partitura en su forma original, pues con el transcurso de los años había sufrido tantas variaciones, que hasta el compás y la tonalidad primitivas eran distintas a las que conocía el maestro Erk.

Las notas originales se habían perdido hacía seis años, en una limpieza a fondo realizada por la señora Gruber, que había eliminado todos los papeles viejos. Pero al compositor no le costó gran trabajo volver a escribirlas porque todos los años, al llegar la Nochebuena, cantaba con su familia su

villancico, cuyas notas tenía grabadas en la memoria.

En su carta a la corte de Prusia dedicó su mejor recuerdo a su buen amigo el vicario de Wagrain, autor de la letra, fechando la carta en 30 de diciembre de 1854.

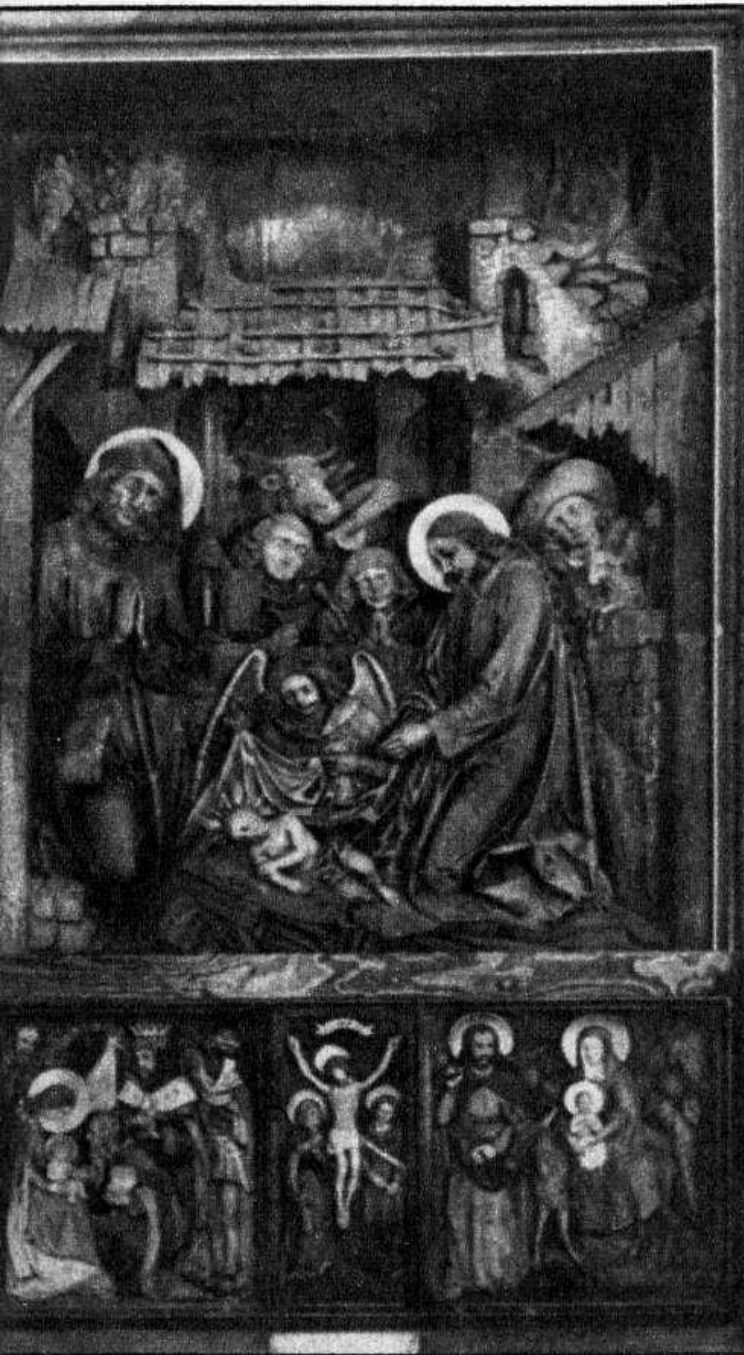
Pocas semanas después, recibió Franz Gruber una contestación con el sello de las reales armas de Prusia en la que se expresaba el reconocimiento personal de Federico Guillermo IV.

## UNA CAPILLA PARA JOSEPH MOHR Y FRANZ GRUBER

A principios de 1819, el organero Mauracher que fue a reparar el órgano de la iglesia de San Nicolás y que gozaba fama de ñestro en su profesión, escuchó el villancico y se llevó una copia a su tierra de Fügen, en el valle del Ziller en el Tirol. En dicho valle vivía una familia de artesanos de guantes que acudían con sus productos a todas las ferias y mercados anuales, no sólo de Austria, sino también de Alemania. Los hermanos Strasser, que eran buenos cantantes, para atraer al público entonaban canciones populares tirolesas cuando acudían a dichas ferias y entre ellas el nuevo villancico. En 1831 lo cantaron por vez primera en Leipzig, y a partir de 1840 apareció impresa la canción de Navidad con la errónea anotación de «canción popular tirolesa». Posteriormente fue difundiéndose por todo el mundo y aún hoy en día muchos de los que la conocen ignoran el nombre de sus autores.

La iglesia de San Nicolás, construida en el siglo XII, conservó su estilo románico hasta el año 1757. En 1770 se modificó según el gusto de la época en barroco tardío y en 1905 se derribó porque amenazaba ruina. En su lugar se erigió en 1937 una capilla conmemorativa. En dicha iglesia existen vidrieras con los retratos de Joseph Mohr y Franz Gruber, así como una vista del antiguo templo de San Nicolás.

Todavía hoy en la pequeña capilla de Oberndorf, erigida en memoria de los autores del villancico, cuando la Nochebuena llama al corazón, se reúnen los niños de la escuela en torno a su maestro y unen sus vocecitas inocentes a las notas de una guitarra que entona, como hace 165 años, la canción de Navidad.



*Retablo guardado en la capilla dedicada al villancico, en Obendorf.*